

# Hannah Arendt

Samantha Rose Hill

Traducción del inglés de Sergio Sánchez Benítez



BÁLTICA  
NO FICCIÓN

Para mi padre, Paul, que comprende los nuevos comienzos.

## ÍNDICE

Introducción: Comprender .....	9
1. Despertar interior .....	19
2. Sombras .....	37
3. El concepto de amor en san Agustín .....	49
4. La vida de una judía .....	58
5. Giro hacia la política .....	74
6. «Nosotros, los refugiados» .....	81
7. Internamiento .....	95
8. Estado de excepción .....	106
9. Transición .....	112
10. Amistad .....	123
11. Reconciliación .....	137
12. Los orígenes del totalitarismo .....	146
13. Amor Mundi .....	158
14. Entre el pasado y el futuro .....	168
15. Eichmann en Jerusalén .....	176
16. Sobre la revolución .....	192
17. Hombres en tiempos de oscuridad .....	202
18. Crisis de la república .....	211
19. La vida del espíritu .....	221
20. Narrativa .....	239
Agradecimientos .....	243
Notas .....	247
Bibliografía escogida .....	267
Créditos de las imágenes .....	272



Hannah Arendt en los años 40, fotografiada por Fred Stein.

## Introducción: comprender

Jugamos con la pasta,  
 Hasta que sirve para una perla,  
 Entonces dejamos caer la pasta,  
 y nos consideramos tontos.  
 Las formas, sin embargo, eran similares,  
 Y nuestras nuevas manos  
 aprendieron tácticas de las gemas,  
 practicando con arena.

Emily Dickinson<sup>1</sup>

«¿Cuál es el objeto de nuestro pensamiento? ¡La experiencia! ¡Nada más!», afirmó Hannah Arendt en 1972 en la conferencia «La Obra de Hannah Arendt», organizada por la Toronto Society for the Study of Social and Political Thought. Habían llamado a Arendt para que asistiese a la conferencia como invitada de honor, pero ella insistió en intervenir como ponente.

En muchos sentidos, la obra de Hannah Arendt trata del pensar. En su *Denktagebuch* (Diario filosófico<sup>2</sup>) pregunta: «*Gibt es ein Denken das nicht tyrannisches ist?*» (¿Hay alguna forma de pensar que no sea tiránica?). Al principio de *La condición humana*, plantea: «Lo que propongo, por tanto, es muy simple: nada más que pensar lo que hacemos»<sup>3</sup>. Cuando cubrió el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén para el *New Yorker*, descubrió que Eichmann carecía de la capacidad de involucrarse en un pensamiento autorreflexivo, de imaginar el mundo desde la perspectiva del otro. La última obra de

Arendt, *La vida del espíritu*, empieza con un tratado titulado «El pensamiento».

Pero para Hannah Arendt el pensamiento y la experiencia van de la mano, y parece claro que las circunstancias sociales y políticas del siglo XX moldearon su vida y su obra. Nacida en Alemania en 1906 en una familia judía laicizada y bien arraigada, Arendt sintió desde muy joven que era diferente, una marginal, una rebelde o, como llegaría a decir más tarde, una paria y una proscrita. Los acontecimientos de su vida no desmienten esta afirmación. A los catorce años, la expulsaron del *Gymnasium*<sup>4</sup> por liderar una protesta contra un profesor que la había ofendido. Cuando su primer marido, Günther Anders, abandonó Berlín en 1933, ella se quedó y convirtió su apartamento en una parada clandestina para ayudar a los comunistas que huían del país. Ese mismo año la Gestapo la arrestó por recopilar ejemplos de propaganda antisemita en la Biblioteca Estatal de Prusia. Huyó a París, donde aprendió francés y estudió hebreo, mientras trabajaba con la Aliá Joven para ayudar a jóvenes judíos a emigrar a Palestina. Con 33 años fue internada durante cinco semanas en Gurs, en el sur de Francia, antes de participar en una fuga masiva. Emigró a Estados Unidos en el verano de 1941 y trabajó como empleada doméstica para aprender inglés antes de empezar a escribir para numerosas publicaciones judías. Aceptó un empleo en la Conferencia sobre las Relaciones Judías para ayudar a familias y organizaciones judías a reclamar sus bienes robados e impartió cursos sobre historia europea, mientras escribía su primera gran obra, *Los orígenes del totalitarismo*.

Su buena amiga, la autora estadounidense Mary McCarthy, la describió como una «fulgurante diva de la escena»<sup>5</sup>. El filósofo alemán Hans Jonas dijo que tenía «una intensidad, un impulso interno, un instinto para la calidad, un tacto para la

esencia, un afán de profundizar, que la hacían mágica»<sup>6</sup>. Julia Kristeva, la filósofa búlgaro-francesa, escribió: «Muchos de los contemporáneos de Arendt hablaron de su atractivo femenino; en los salones intelectuales de Nueva York se rumiaba sobre *la flapper de Weimar*»<sup>7</sup>. El dramaturgo Lionel Abel la llamó «Hannah Arrogant»<sup>8</sup>. El FBI la describió como «una mujer pequeña, robusta, de hombros caídos, con el pelo cortado a cepillo, voz masculina y una mente maravillosa»<sup>9</sup>. Quizá lo más difícil de comprender de la figura de Hannah Arendt es que fue *sui generis* en todo. Absolutamente incomparable.

En su autorretrato juvenil *Die Schatten* (Las sombras), Hannah Arendt describe su sed de experiencia en el mundo como un estar «atrapada en un anhelo». Lo que la impulsó a trabajar desde joven fue un deseo insaciable de experimentar y comprender la vida<sup>10</sup>. Como más tarde llegaría a afirmar, el trabajo de comprender, a diferencia del deseo de saber, requiere un compromiso incesante con la actividad de pensar; exige estar siempre dispuesto a empezar de nuevo.

En muchos aspectos, Arendt se convirtió en escritora por accidente. Decía que escribía para acordarse de lo que pensaba, para registrar lo que valía la pena recordar, y que escribir era una parte integral del proceso de comprensión. Esto queda patente en sus diarios y trabajos publicados, en los que se dedicaba a lo que solía llamar «ejercicios de pensamiento». En el prefacio de *Entre pasado y futuro: ocho ejercicios de pensamiento político*, escribió que «el propio pensamiento surge de los incidentes de la experiencia vivida y debe permanecer unido a ellos como único punto de referencia para orientarse». Para Arendt, los ejercicios de pensamiento eran una manera de comprometerse con el trabajo de comprensión, y eran una manera de liberarse de su formación en la tradición de la filosofía alemana.

Tras el incendio del Reichstag en 1933, Arendt abandonó el mundo de la filosofía académica para dedicarse al pensamiento político. Estaba horrorizada por la ceguera de los «pensadores profesionales» ante el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania y su contribución a la nazificación de las instituciones culturales y políticas. En lugar de protestar contra el surgimiento del régimen de Hitler, se dejaron arrastrar por la corriente de la historia. Arendt decidió renunciar a este *ambiente* y afirmó que «no volvería a involucrarse en ningún tipo de empresa intelectual»<sup>11</sup>. La pregunta que Arendt había anotado en su diario filosófico «¿hay alguna forma de pensamiento que no sea tiránica?», iba seguida de la siguiente afirmación: «La cuestión es cómo evitar, a toda costa, dejarse llevar por la corriente»<sup>12</sup>. El pensamiento como actividad no pertenece al ámbito enrarecido de los filósofos profesionales. Para ella, *intelectual* era una palabra detestable. Creía que todos somos capaces de ejercer un pensamiento crítico autorreflexivo, y que era necesario ejercerlo para resistirse a la corriente del pensamiento ideológico y defender la responsabilidad personal frente al fascismo.

Arendt no solía hablar de su metodología. Su pensamiento político no se articulaba a partir de un punto analítico pre-determinado. No tenía marcos fijos. No escribía para resolver problemas políticos prácticos, ni escribía filosofía sistemática para teorizar conceptos como la verdad, la belleza o el bien. Su trabajo era espiritualmente socrático: dialógico, abierto a la contradicción y siempre volviendo al principio. En un seminario que impartió en 1955 sobre historia de la teoría política, comenzó diciendo que los conceptos no son fines en sí mismos, sino manantiales a partir de los cuales comenzamos a pensar. Esto implica que no puede haber algo como «la verdad», porque la verdad debe ser constantemente repensada desde la perspectiva de nuestras experiencias más recientes.